

concepto, prevengo á V. E. ordene al general Gaona contramarche para Béjar á esperar órdenes, lo mismo que verificará V. E. con las tropas que tiene á las suyas; previniendo asimismo al general Urrea se retire con su division á Guadalupe Victoria; pues se ha acordado con el general Houston un armisticio ínterin se arreglen algunas negociaciones que hagan cesar la guerra para siempre." Con fecha 25, en carta particular, pedia el mismo Santa-Anna á Filisola el envío de unos equipajes, y le agregaba: "Recomiendo á vd. que cuanto ántes se cumpla con mi orden de oficio sobre retirada de las tropas, pues así conviene á la seguridad de los prisioneros, y en particular á la de su afectísimo amigo y compañero, &c." Oficio y carta estaban fechados en el Campo y Paso de San Jacinto, y, además de Santa-Anna, quedaban en poder de los tejanos varios jefes y oficiales y unos 600 hombres de tropa.

Al recibir Filisola noticia de la catástrofe, la situacion y el número de las tropas que iban á quedar á sus órdenes eran estos: en Oldford 1,408 hombres con Ramirez y Sesma, al lado del mismo Filisola; en Columbia y Brazoria 1,165 hombres con el general Urrea; una fuerza de 1,000 hombres en Béjar con Andrade, y destacamentos poco numerosos en Cópano, Refugio, Goliat, Matagorda y Victoria. Ascendia entónces á 4,078 hombres el efectivo total de nuestro ejército. Filisola procedió á concentrarle en su mayor parte cerca de San Felipe de Austin, y se dirigió con él á Guadalupe Victoria. Al llegar al rio Colorado recibió nuevas comunicaciones de Santa-Anna previniéndole que se retirara hasta Monterey, sin dejar mas que una guarnicion de 400 hombres en Béjar; y más acá de Guadalupe y Goliat le llegó el texto del convenio firmado por el mismo Santa-Anna con los tejanos; en cuya virtud y, principalmente, por no poder sostenerse en país enemigo con un ejército á que faltaban por completo víveres y dinero, siguió retrocediendo con la totalidad de sus tropas hasta Matamoros, siendo éste el término de nuestra malaventurada campaña de Tejas.

De los documentos y noticias aquí extractados, puédesse deducir que la derrota nuestra en San Jacinto no fué de tal naturaleza que debiera por sí sola haber puesto punto á la campaña. Un jefe entendido, práctico y pundonoroso como Filisola quedaba al frente de 4,000 hombres mandados por generales como Urrea, Andrade y Gaona, contra las fuerzas de Houston que, reunidas, no excederian, probablemente, de 2,000 hombres; y es muy creible que los primeros pudieran dar buena cuenta de los segundos ántes de sobrevenir la estacion de las lluvias. Por otra parte, si carecia de dinero y víveres nuestro ejército, no habia sido otra su situacion desde el principio de las operaciones, y habria podido se-

guir viviendo sobre el país y haciendo suyos los almacenes del enemigo. No obstante que así Filisola como el gobierno, en sus comunicaciones respectivas, expresaban la conviccion de que Santa-Anna careció de autoridad desde el momento en que cayó en manos de los rebeldes, y de que no debian ser obedecidas sus órdenes, se comprende que el gravísimo peligro en que, por el carácter feroz dado á la guerra, estaba la vida del general presidente y de sus numerosos compañeros de cautiverio, influyó en grado sumo en la retirada de nuestras fuerzas, dado que no la determinara por sí solo. En cuanto á Santa-Anna, justo es hacer notar que si se acobardó en San Jacinto y dictó providencias que se le impusieron como rescate de su vida, la espuso despues constante y resueltamente en la defensa nacional.

Acercá de lo que, hablando de los convenios de Santa-Anna con los tejanos, se dijo en las páginas 13 y 14, léase la ratificacion que comienza en la página 538.

En la página 18 se habla de la bahía de *Azanza*. Debe leerse *Aranza*.

II

PARTIDARIOS DE LA PAZ.

(Capítulo V.)

Dije en la página 26 que al declarar el congreso norte-americano en 13 de Mayo de 1846 el estado de guerra con México, tal declaracion solo tuvo en contra dos votos en el senado y catorce en la cámara de representantes.

He aquí los nombres de los que votaron contra la guerra:

Senadores, Thomas Clayton y John Davis.

Diputados, John Quincy Adams, George Ashmun, Joseph Grinnell, Charles Hudson, Daniel P. King, Henry T. Cranston, Erastus D. Culver, Luther Severance, John Strahan, Columbus Delano, Joseph M. Root, Daniel R. Tilden, Joseph Vance, Joshua R. Giddings.

Estos senadores y diputados lo eran por Delaware, Massachussetts, Rhode-Island, New-York, Maine, Pennsylvania y Ohio.

III

CERCA DEL BRAVO.

(Capítulo VI.)

En las páginas 34 y 42 se habla de la captura del teniente Thornton y su destacamento de dragones por alguno de los destacamentos de Arista. A este suceso se quiso dar en los Estados- Unidos la significacion de primer ataque de parte nuestra á fuerzas suyas, y fué alegado para obtener del congreso la declaracion del estado de guerra. A tal respecto se nos ha comunicado la siguiente nota:

“Lo relativo á Thornton requeriria un largo comentario. Los americanos no querian comenzar las hostilidades; pero andaban provocándolas con partidas sueltas. Una de éstas, al mando de Thornton, se encontró con unos exploradores mexicanos: Thornton creyó, ó fingió creer, que lo iban á atacar, y cargó sobre ellos ántes de que los nuestros dispararan un solo tiro: entónces apareció mayor fuerza mexicana, y el destacamento enemigo se halló envuelto y quedó prisionero. El parte de Thornton no fué publicado sino un año despues de comenzada la guerra, por convenir así á la política de los Estados- Unidos.”

Thornton pereció en Agosto de 1847, durante el reconocimiento de las fortificaciones nuestras de la hacienda de San Antonio en el Valle de México.

En la página 33 se habla de la Laguna del Padre *Wallin*. Parece que debe ser *Ballin* ó *Bayin*.

En las páginas 33 y 34 se menciona el rancho del *Solinceño*: Léase *Soliseno*.

El pueblo de *Burita* de que se habla en la página 49, es el rancho de la *Burrita*.

IV

MONTEREY DE NUEVO-LEON.

(Capítulo VII.)

La equivocacion en que incurrí en nota de la página 56 dando por supuesto que el coronel D. Manuel Robles habia estado en la defensa de Monterey, quedó rectificadada en nota de la página 157.

En la página 60 se dió el nombre de “riachuelo de San Juan de Monterey” al que pasa por los suburbios de la ciudad. Un apreciable corresponsal me dice á tal respecto: “No he podido averiguar que el torrente seco de esta ciudad se haya llamado nunca *rio de San Juan*, aunque es uno de los que forman (cuando tiene agua) el rio de ese nombre.”

Se ha visto en la reseña del asedio de Monterey, que los dos hechos de armas de mayor importancia, y en que mejor quedaron nuestras tropas, fueron la defensa del reducto de la Tenería y el combate del puente de la Purísima.

En el expresado reducto se hallaba el teniente de artillería (hoy coronel) D. Manuel Balbontin; y en su obra “La invasion americana,” recientemente publicada, y de que he hablado ya con el debido elogio, hay muy curiosos pormenores acerca de la estructura del reducto, del modo con que fué defendido y de lo que causó su pérdida.

El fortin de la Tenería se estaba ya demoliendo, cuando el oficial de ingenieros D. Luis Robles demostró á Ampudia la necesidad de reconstruirle, y se procedió á ello por su misma guarnicion el 20 de Setiembre en la noche. Al amanecer el 21, aunque los parapetos estaban casi concluidos, el foso no tenia la anchura ni la profundidad necesarias: las escarpas tenian escalones que facilitaban su descenso y escalamiento; y sobre las plataformas para la artillería, colocada á barbata, no se habian puesto esplanadas de madera. “La capital de la obra se inclinaba de N. E. á S. O.: la cara y flanco de la derecha estaban protegidos por la casa de la Tenería y por el rio de San Juan. La cara y flanco de la izquierda miraban á la campaña, hácia el rumbo que traía el enemigo. El trazo del fortin era una luneta; pero en uno de los flancos se habia construido una pequeña cara, como para ocultar un poco la gola que quedaba descubierta.” Ésta se apoyaba en una arboleda con algunos jacales en el camino que conducia al puente de la Purísima: ni esta base fué sólidamente ocupada, ni se habian limpiado de árboles, etc., las avenidas del frente.

Componian la guarnicion del reducto 200 hombres de los batallones 2º Ligeró y Querétaro, repartidos en dicho punto y la casa de la Tenería, que quedaba á la espalda. La artillería constaba de una pieza de á 8, una de á 4 y un obusito de montaña sin artilleros. Mandaba el punto el coronel del 2º Ligeró D. José María Carrasco, y la artillería el jefe de division D. Juan Espejo. En los momentos del primer ataque, llegó allí un refuerzo de 150 hombres del 3º Ligeró con el teniente coronel D. Joaquin Castro, y un cañon de á 8 con el subteniente de artillería

D. Agustín Espinosa, repartiéndose dicho refuerzo en el fortín y la azotea de la Tenería.

Terrible fué el primer ataque, llegando el enemigo á tiro de pistola hasta la contraescarpa, y penetrando en parte á la arboleda posterior, con lo que descubria por la gola el interior de la obra y heria á algunos defensores por la espalda. Retrocedió, sin embargo, esta primera columna, y otra, apoyada con artillería, vino á restablecer el ataque. A causa de la aparición de una masa de caballería salida de la plaza por el rumbo de la Ciudadela, se retiraron repentinamente las fuerzas asaltantes; pero, no habiendo cargado sobre ellas sino unos 50 jinetes del 3º con el teniente D. Joaquín Miramón, obligados á retirarse, el enemigo pudo organizar su tercero y último ataque al reducto. La guarnición de éste se hallaba muy fatigada: los fusiles ardian: la pieza de Espinosa á cada disparo rodaba hasta el fondo del fortín, y habia que subirla y volverla á poner en batería, á lo cual ayudaba personalmente Colombres: la pieza de á 8 de Dominguez hacia fuego con suma dificultad, porque, colocada á barbeta en el ángulo saliente, los artilleros quedaban enteramente á descubierto y eran cazados desde el foso: siendo de manta los sacos de tierra del parapeto, se habian incendiado con el fuego de las cazoletas de los fusiles, y la tropa no podia acercarse á ellos para disparar: se habian quemado varios artilleros al llevar repuesto de municiones, y quedaban fuera de combate Dominguez y los soldados que servian la pieza de á 8. Aunque el enemigo fué recibido en este ataque con igual brio que en los anteriores, no habia parque ni agua, y faltaban brazos.

“Ya no quedaban —dice Balbontín— haciendo la defensa más que los oficiales. En esto el fuego del enemigo aumentaba, mientras el nuestro disminuía notablemente, y los soldados comenzaban á separarse del parapeto. El capitán del 3º Ligero D. Domingo Nava reunió unos 40 hombres y se dirigió con ellos hácia la gola, arengándolos para cargar á la bayoneta: lo cual visto por los soldados que quedaban en los parapetos, se precipitaron también en dirección de la gola. En vano pretendieron los oficiales contenerlos, y los que se detenían, poniendo armas al hombro y mostrando las cartucheras vacías, exclamaban invariablemente: “Mi jefe, que nos den parque, y nos batirémos.” Cuando pasó aquella avalancha, solamente quedaron en el fortín cinco individuos, á saber: el teniente de ingenieros D. Joaquín Colombres, el subteniente de artillería D. Agustín Espinosa, un oficial de infantería llamado Castelan, un soldado del 3º Ligero, y el que suscribe. En la azotea de la casa de la Tenería quedaban el capitán del 3º Ligero D. Juan Servin, el teniente

del mismo cuerpo D. Ignacio Solache, el subteniente del batallón de Querétaro D. Guillermo Moreda y algunos soldados.

“Momentos después del abandono del fortín, observando los americanos que el parapeto se hallaba desguarnecido, lanzaron tres *hurras* y asaltaron la obra. El primer grupo que subió sobre el parapeto, lo verificó por el ángulo saliente: colocó una bandera azul con el águila y las estrellas americanas, y disparó algunos tiros, uno de los cuales hirió á Castelan. Otros disparos sobre la casa de la Tenería causaron la muerte del joven y valiente capitán D. Juan Servin. El enemigo se hizo dueño de toda la artillería, de poco armamento, y tomó tres oficiales y unos 30 soldados y arrieros prisioneros.”

Se ve por lo extractado y copiado, que la causa inmediata de la pérdida del reducto de la Tenería fué el agotamiento de municiones.

El teniente Balbontín fué llevado con los demás prisioneros al campamento en el bosque de Santo Domingo, donde los oficiales fueron bien tratados por Taylor; y asegura que este jefe estuvo á punto de levantar el campo y retirarse con sus fuerzas poco antes de que tuviera efecto la capitulación de Monterey.

V

LA ANGOSTURA.

(Capítulo IX.)

Según la obra del coronel Balbontín, la brigada de caballería de Miñón constaba de 1,200 hombres.—Al desembocar Santa-Anna frente á la Angostura con sólo las fuerzas ligeras, pudo haber sido fácilmente atacado y derrotado por Taylor; y acaso para evitarlo ganando tiempo, hizo que el general Vanderlinden llevara al jefe enemigo la intimación de que se rindiera. En los combates del 22 se distinguió el capitán D. Luis G. Osollo. Describiendo Balbontín el campo de batalla, dice: “En la cadena de montañas de la izquierda hay dos gargantas... las cuales podían facilitar el paso á tropas que, pasando por detrás de los cerros, fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó á la espalda de uno de los combatientes. Pero ni el general Santa-Anna ni el general Taylor pensaron en esta operación, que podía haber sido decisiva.” Cree el mismo escritor que los cañones del enemigo podían ascender á 26; que el ejército norte-americano debe haber presentado en batalla, cuando ménos, de 7 á 8,000 hombres con 20 piezas de artillería; y que las fuerzas de Santa-Anna, después de separados Miñón y su brigada de ca-

ballería, no han debido exceder de 12,848 hombres, suponiendo que no haya habido desercion del 19 al 21 de Febrero. Conceptúa casi inútiles allí la caballería y la artillería de sitio. El primer cañon quitado al enemigo resultó ser una de las piezas nuestras perdidas en Monterey. Hablando de la primera carga dada en la llanura al enemigo el dia 23, dice: "En esta carga nuestros soldados se manifestaron implacables, hiriendo con las bayonetas á cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos. Solamente debido á la eficaz intervencion de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que, dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo." Da estos pormenores acerca de la muerte de Luyando: "El comandante de escuadron del regimiento de Húsares D. Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero; pero, poniendo éste rodilla en tierra demandando gracia, Luyando lo dejó y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando á aquel á quien debia la vida, lo derribó del caballo, atravesándolo con una bala. La muerte del comandante fué en el momento vengada por sus soldados." El mismo historiador menciona el acto atrevido del antiguo insurgente Villareal, que se adelantó solo á caballo y penetró en las líneas enemigas queriendo lazar á alguno de los soldados de Taylor, y retirándose ileso entre una lluvia de balas; elogia la conducta del coronel Carrasco, que se puso á la cabeza del 2º Ligero al perecer su comandante accidental D. Julian de los Rios, y habla del momento crítico de la batalla en estos términos:

"No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero, á pesar de sus esfuerzos, tenian perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas desbordaron la izquierda de sus líneas. Sin las faltas cometidas por nuestros generales, sin la carencia de direccion que se notó desde aquel momento crítico, la posicion del ejército americano era insostenible. Así, sin duda, lo juzgó el general Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino del Saltillo. Probablemente era su designio irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así, ganar la ciudad de Monterey. Si aquella retirada se hubiera verificado, enorgullecidas nuestras tropas, habrian cargado con mayor brío: la caballería, aprovechando los lugares escampados, no hubiera dejado reposo al enemigo; y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra: esto es, si ántes de llegar á Monterey no quedaba terminada su completa derrota. Por desgracia, nada de esto sucedió. La columna de carros que inició la re-

tirada, sin duda tuvo noticia de la presencia del general Miñon. No pudiendo seguir adelante ni esperar tropas que la protegieran, por hallarse todas empeñadas en la batalla, no tuvo más remedio que retroceder y formar un reducto con los carros en la hacienda de Buenavista para aumentar la resistencia. La polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote, por el camino del Saltillo, hizo creer al principio que los americanos recibian refuerzos: luego, aplicando los anteojos y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecia.

"El general Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el ejército mexicano. Pero el enemigo tenia víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una racion por plaza. Ni aun los oficiales tenian con que alimentarse. Por consiguiente, no habia esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre. Era indispensable destruirlo con las armas. Así, pues, la combinacion de colocar la columna de caballería del general Miñon á retaguardia del enemigo, salió contraproducente. La máxima de *á enemigo que huye, puente de plata*, hubiera sido conveniente observarla en esta vez. Por lo demás, el general Miñon no tomó parte en la batalla."

Entre los oficiales nuestros heridos en la Angostura, se halló el capitán de infantería D. Joaquin Villavicencio, que aún vive, y cuya reputacion de valor es general en nuestro ejército. Dicho oficial recibió un balazo en la frente, y, con la herida aún abierta y sosteniéndole una venda la curacion, quiso seguir prestando sus servicios é hizo así la campaña del Valle de México. En la accion de Padierna era capitán del 3º Ligero, y con este cuerpo y á las órdenes del general Echeagaray, fué destacado de las fuerzas de observacion de Santa-Anna hácia el pueblo de San Gerónimo, á practicar un reconocimiento, segun se expresa en el capítulo relativo á aquel hecho de armas.

En la página 103 se dice: "De cachucha ó levita ó sobretodo." Debe leerse: "De cachucha y levita ó sobretodo."

VI

CALIFORNIA.

(Capítulo X.)

En varios pasajes de este capítulo se hace mencion del comodoro *Stockon*. Lease *Stockton*.

VII

GOLFO DE MEXICO.

(Capítulo XII.)

En este capítulo se habla varias veces del comodoro *Connor*. Así le llama Ripley; pero en algunos documentos y relaciones del país vecino se le designa con el nombre de *Conner*.

Hablando de la salida de la primera escuadrilla enemiga contra Tabasco, se dice en la página 149: "A otro día, ó sea el 16 de *Agosto*." No debe ser sino *Octubre*.

VIII

VERACRUZ.

(Capítulo XVI.)

La orden textual dada al jefe de la escuadra norte-americana en el Golfo para que permitiese la entrada del general Santa-Anna á la República, fué esta:

"Commodore: If Santa-Anna endeavors to enter the Mexican ports, you will allow him to pass freely.

Respectfully yours
GEORGE BANCROFT.

Commodore David Conner
Commanding Home Squadron."

Equivocadamente se dijo en la página 190 que Santa-Anna habia regresado de *Turbaco* á Veracruz. No regresó sino de *la Habana*.

IX

DESPUES DE CERRO-GORDO.

(Capítulo XIX.)

Al hablar del manifiesto de Scott en Jalapa, dije que un notable escritor ha hecho notar que la frase sacramental "América para los americanos" no tiene otra significacion directa y genuina que la de "América para los Estados-Unidos." El escritor á quien me referí, es D. Justo Sierra.

X

JALAPA.

(Capítulo XX.)

Con relacion á lo que en este capítulo dije acerca de la organizacion del ejército invasor y de la superioridad de su caballería, me parece conveniente insertar aquí estas líneas de la obra de Waddy Thompson "Recollections of Mexico:"

"Creo que los hombres mexicanos no tienen mucha más fuerza que nuestras mujeres. Son, por lo comun, de diminuta estatura, y enteramente carecen del hábito del trabajo ó de un ejercicio físico cualquiera. ¡Qué terrible desigualdad debe haber entre un cuerpo de caballería americana é igual número de mexicanos!"

El baron de Grone, oficial alemán á quien ya he citado, hacia en Noviembre de 1847 las siguientes observaciones acerca del ejército norte-americano:

"Los ejercicios de los americanos son, en su mayor parte, los de los franceses. Comparados con los nuestros, observé solo una discrepancia que me pareció muy práctica; y, en cambio, muchas amplificaciones y pedanterías. En lo general, eché ménos el porte y el ardor de nuestra tropa. A muchos oficiales y soldados parecería una vejacion sin objeto hacer el cansado ejercicio despues de tantas victorias. Las compañías que al comenzar la campaña tenían una fuerza de 86 soldados, estaban muy mermadas, y algunas no contaban ya más de 18. La artillería fué lo que más me gustó: despues, la infantería. La caballería tiene buenos caballos; pero monta mal, y tampoco es diestra en el uso de la arma blanca. Siendo generalmente sabido que los franceses son malos jinetes, extraño es que los americanos hayan adoptado para su caballería las reglas de la de Francia."

No estoy enteramente cierto de que la expedicion de Perote á Coatepec de que hablo en la página 250, haya sido hecha por la caballería de Walker; pero no me cabe duda de que los expedicionarios eran de las fuerzas del coronel Wynkoop, á que el citado Walker y sus dragones pertenecian.

Acerca de la llegada del convoy de Lally á Jalapa, dice el baron de Grone que esta ciudad se hallaba en poder de fuerzas mexicanas; que